

Este libro puede llegar a ser punto de partida importante en la historiografía española relacionada con la Guerra civil y la posguerra. Lo que llevan a cabo en él los dos autores es lo siguiente: examinar la participación de los requetés en la represión que tuvo lugar en la zona nacional durante la guerra y en la posguerra. Esa participación, según se muestra en este libro, fue pasiva unas veces y activa otras y, cuando fue activa, lo fue de dos maneras muy distintas, incluso contrapuestas. Hay que distinguir, por lo tanto, tres actitudes y no dos, ni mucho menos una. Fue una actitud pasiva porque hubo requetés que sufrieron la represión y fueron víctimas de ella durante la guerra y después de la guerra. Durante la guerra, lo fueron principalmente a manos de los que luchaban en el bando contrario. Digo principal y no digo exclusivamente porque no dejó de haber requetés –pocos- que sufrieron la represión franquista durante la propia contienda, y eso a pesar de que luchaban en el mismo bando. Durante la guerra, en efecto, los dirigentes principales del tradicionalismo se dividieron, sobre todo en función de la importancia que daban a salvar los perfiles característicos del propio tradicionalismo en vez de supeditarlos a las conveniencias estrictamente militares. En el fondo, querían estar seguros de que, cuando terminase la guerra, el régimen político que saliera de ella fuese el que ellos querían o, como mínimo, fuese simplemente aceptable.

Eso choca con una visión muy extendida actualmente, incluso entre los historiadores profesionales. No pocos de ellos -y muchos aficionados a la historia- siguen viendo los dos bandos en liza en 1936-1939 como dos bloques monolíticos en cuanto a la manera de pensar. Y no es así, ni lo era en 1936, ni en 1939, ni tampoco después. Es de sobra sabido que, en los dos bandos, los dirigentes de los diversos partidos

políticos y de las diferentes sindicales tendieron a organizar por separado sus respectivas huestes y que eso fue lo que indujo a Francisco a firmar el decreto de unificación de las milicias en abril de 1937, pocas semanas antes de que los dirigentes del Partido Comunista se impusieran esa misma tarea en vista de que los gobernantes de la República no eran capaces de lograr lo que había conseguido Franco, claro es que por la fuerza. Hay un paralelismo muy claro –y coherente y lógico (porque se trataba de ganar o perder la guerra)- entre el empeño de los mandos franquistas por imponer el mando único –y no tan sólo a efectos militares- y el esfuerzo de comunistas y socialistas por acabar físicamente con los ácratas para que, luego, los primeros –los comunistas- pasaran a terminar con aquellos de los segundos –los socialistas- que no llevaban su afán unificador hasta el límite que se deseaba en el PC; en esto, mucho más parecido al que se había propuesto Franco en el otro lado.

En cuanto a la unificación de abril de 1937, que dio lugar al partido único (FET y de las JONS), se sabe desde hace mucho que hubo no pocos tradicionalistas que no lo aceptaron y, en este libro, se documenta lo que les ocurrió a algunos de ellos. Hay que advertir, no obstante, algo que, en realidad, ya queda apuntado, y es que la división cundía entre los propios requetés. Probablemente, la mayoría de ellos –los que luchaban en el frente- no tomó parte en esa pugna. Pero no hay que olvidar que, en 1936-1939, el requeté no se nutrió tan sólo de carlistas o de jaimistas –como entonces se llamaban-, ni sólo de jaimistas y carlistas y de tradicionalistas ajenos a la dinastía proscrita: en 1936, los tercios de requetés fueron el banderín de enganche de muchos jóvenes españoles que se animaron a alistarse por razones principalmente religiosas –en defensa del cristianismo, físicamente perseguido y

diezmado en la zona de la que sería ofensivo decir (para los gobernantes del Frente Popular) que obedecía al Gobierno del Frente Popular. Equivaldría a decir que, en la España de febrero a julio de 1936, había una República que no era solamente democrática, sino además pacífica y respetuosa de los derechos de la mayoría y de todas las minorías y, en fin, que todo era sosiego y orden. No era así y eso lo saben –sin excepción- todos los historiadores que se han aproximado a la situación de esos días y todos los españoles de izquierdas (además de los derechas) que han oído contar a sus padres cómo estaban las cosas. Un campesino de la montaña pirenaica me decía hace años que el día en que se proclamó la República (1931) fue el primero en el que oyó gritar en el pueblo *viva la libertad*. Pero recordaba algo más: aquella noche, todos los vecinos cerraron la puerta de la casa; hasta entonces, la dejaban abierta sin preocuparse por lo que pudiera ocurrir. Hasta entonces –había que deducir- no solía suceder nada que se saliera de lo normal y lo admisible. En julio de 1936, el problema que había en el pueblo ya no se reducía a gritar *viva la libertad*.

Aquel campesino blasonaba, por cierto, de tener uno de los primeros si no el primer carnet del Partido Nacionalista Vasco que se suscribió en aquel pueblo. En julio de 1936 él mismo –como todos los demás mozos nacionalistas del lugar y los que preferían el requeté- se alistaron como un solo hombre en un tercio de requetés precisamente. De si los primeros lo hicieron por coacción, da suficiente idea el hecho de que al nacionalista vasco de quien hablo lo llegaron a hacer sargento y, en la posguerra, alcalde, y eso sin necesidad alguna de forrarle el riñón o permitir que lo forrara. En el entorno de Leiza, los alcaldes de la posguerra eran, en unos casos, tradicionalistas (explícitamente carlista) y, en otros, nacionalistas vascos reconvertidos al

Movimiento Nacional. La historia, señores, no es como queremos que sea. Los españoles no pelearon entre sí para darles la razón a quienes viven de la política, sino que cada español tuvo sus razones para ir (o para dejarse llevar) a la guerra. Esa es la historia que corresponde rescatar al historiador que quiera serlo de manera cabal.

No me atrevo a decir que un historiador no pueda ser hombre de partido (uno mismo lo fue y, como tal, tuvo el honor de formar parte del que de veras fue primer Parlamento Foral, el de 1979, primer eslabón que se añadió –siglo y medio después- a la cadena interrumpida con la clausura de las Cortes navarras de 1829). Lo que sí me atrevo a negar es que pueda persona alguna ser "hombre de partido" (y de partido de gobierno). La razón, por cierto, estaba en el credo tradicionalista de los años de que se habla en este libro: no se concebía en él el ejercicio del poder sin *participación* de la gente en el poder. No bastaba (ni basta) que nos *representen*, si no podemos, además, *participar* (y no en el banquete, sino en el ejercicio de la autoridad, entre otras cosas para que no se convierta en banquete). Tal como se han articulado –por obra de quienes lo han hecho así y así lo mantienen-, los partidos de gobierno se han convertido en casi todas partes –no sólo en España- en instrumentos de representación sin participación; lo que es tanto como decir de una representación que conlleva el rechazo de cualquier participación. Y eso no puede pasar, en el mejor de los casos, de consistir en una representación alienante. Como digo, lo predicaban los tradicionalistas clásicos de la época de Franco –mucho antes de que una parte de ellos evolucionara hacia la autogestión- y levantaron acta de que deseaban lo contrario, hace no muchos meses, todos los gobernantes europeos que, a la vista de que se rechazaba en referéndum el anteproyecto de constitución europea, no respondieron con otro

anteproyecto o con la dimisión, sino que dictaminaron que es que los europeos no estábamos aún preparados para aprobar aquel proyecto, el suyo. Había –se sobreentiende- que prepararnos previamente. Y aun hubo mujer de partido alemán que propuso una solución todavía más cómoda: dar al anteproyecto de constitución un hombre que no fuera el de *constitución* y, de esa forma, promulgarlo sin necesidad de referéndum previo.

Me he detenido en ese punto porque uno no debe dejarse *alienar* con la facilidad con la que lo hemos hecho al aceptar la palabra *democracia* para denominar el régimen político de partidos. Hace ya un siglo largo que hubo quienes lo vieron, se esforzaron en buscar la denominación que hacía al caso y dieron con la palabra *sinarquía*, que quiere decir justamente eso, *gobierno de partidos*. La *democracia* –en la Grecia que la parió- era otra cosa. Y Rousseau hubiera puesto el grito en el cielo si alguien le hubiera dicho que la *voluntad general* se expresaría por medio de *cuerpos intermedios*. Es incluso probable que –sin pensar en el alcance que iba a tener esa expresión andando siglo y medio- el ginebrino hubiera respondido indignado y, al tiempo, con sorna, que eso, en el mejor de los casos, habría que llamarlo *democracia corporativa* o sea *orgánica*.

Ciertamente, en 1936-1939 no eran muchos los españoles que luchaban por la *democracia* entendida al modo de Grecia. Para empezar, ni los requetés ni los ácratas, ni los comunistas ni los falangistas, ni los socialistas ni los franquistas, ni los monárquicos ni los republicanos de 1936 –tampoco los de 1939- estaban dispuestos a someter su porvenir a referéndum. Cada uno de ellos había optado por la solución que propondría más tarde –unos setenta años después- la política alemana de marras al asunto de la constitución europea: le parecía mejor que se aprobara por decreto la

solución y se impusiera de inmediato por medio del ejercicio del poder coactivo que corresponde a todo gobierno. A su favor, hay que decir que la suya no era una representación alienante. No había en ello afán alguno de representación: ni alienante ni de ningún otro género. Nadie quería representar a nadie.

Aquí, no obstante tengo que corregirme o, por lo menos, matizar. De los de un lado –sobre todo, los anarquistas-, hay que decir que eran seguramente pocos los que cometían la estupidez que se les atribuye: la de afirmar que no hay mejor gobierno que la inexistencia de gobierno alguno. Lo que había propugnado en su tiempo su principal progenitor –Bakunin- nada tenía que ver con semejante tontería: lo que proponía Bakunin era la supresión del estado y no hay que confundir autoridad con estado. La autoridad, según Bakunin, tenía que nacer de la base y articularse de tal modo que pudiera ser reorientada o sustituida desde la base en cualquier momento. Por su parte, los requetés soñaban con unas Cortes a la antigua (tan antigua, es verdad, que nunca habían existido): unas Cortes en las que estuvieran representados todos los españoles por medio de las personas que eligiesen. Con dos advertencias o matices –y más que matices- que distinguían completamente su propuesta de las Cortes de la República o de las de la Monarquía que se había disuelto en 1931: un matiz –principal- radicaba en que, para elegir a sus representantes, los españoles no se verían forzados a optar por alguno de los partidos políticos que se crearan al efecto, sino que –de acuerdo con la mejor tradición de la Grecia clásica (aunque no lo supieran)- elegirían a quienes los representaran como los vecinos que eran de una ciudad (esto es: de una comunidad política, una *polis*, "ciudad" en griego) y, simultáneamente, elegirían también a quienes los representaran como gentes de una profesión u oficio concreto.

Aparte, el mandato de los electos no sería tan sólo representativo, sino imperativo. Es decir, se les elegiría para desempeñar la representación de un modo concreto, con unos poderes determinados y sin capacidad para votar y decidir sobre algo que no estuviera contemplado –de una forma o de otra- en esos poderes. No es cosa de hacer aquí un repaso completo de las demás alternativas de representación que se defendían en los diversos idearios de los españoles movilizados en uno u otro bando de 1936. Sólo intento advertir que formaría parte de la desvergüenza que uno no tiene la osadía de asegurar que, en la España de 1936-1939, pelearon fascistas contra demócratas. En puridad –y claro es que a mi juicio-, las dos especies –tanto la de los fascistas como la de los demócratas- escaseaban mucho en las dos partes. Pero, puestos a averiguar por dónde andaban los demócratas, habría mucho que hablar en los dos bandos.

Y, mire usted por dónde, es en todo eso, justamente, donde se pueden entender mejor las divisiones que surgieron entre los tradicionalistas que militaban en el mando de Franco desde 1936; diferencias a las que se refiere este libro. Lo que se acaba de decir sobre el tipo de representación y participación que proponían los tradicionalistas no era rigurosamente compartido por todos los que militaban en el tradicionalismo. Había no pocas diferencias y matices y en muchos casos, una excesiva imprecisión. Eso en primer lugar. En segundo, casi ninguno de ellos –como casi ningún anarquista, ni comunista alguno, ni socialista de 1936- entendía que la representación y la participación en el ejercicio de la autoridad constituyeran un fin en sí mismas. No eran un fin, sino un medio y, en concreto, un medio para lograr el bien común. Por tanto, primaba el bien común y, después, los medios. Posiblemente, muy pocos anarquistas de 1936 hubieran denominado "bien común"

a la situación que querían que se impusiera. En los textos suyos que conozco, es más frecuente hallar referencias a "la felicidad de la humanidad" y expresiones semejantes. Y es que ahí comenzaban precisamente los problemas: en la manera en que unos entendían el bien común y comprendían los otros la felicidad de la humanidad. Era maneras excluyentes: los anarquistas propugnaban –pongo por caso- el amor libre, en tanto que los tradicionalistas no dudaban de que las manifestaciones amorosas sexuadas que se mantienen fuera del matrimonio son, sencillamente, pecado (lo cual no equivale a decir que no las mantuviese más de uno y de una).

Los anarquistas, además, pensaban que, para conseguir lo que era para ellos la condición *sine qua non* –la desaparición del estado-, había que dinamitar el ejército y la Iglesia; para impedir lo cual –sobre todo, esto último- se formaron precisamente los tercios de requetés.

Y así, mil cosas más. El problema de los requetés era, no obstante, que la de 1936 no era precisamente otra guerra carlista –como, a pesar de todo, afirmarían algunos, entre propios y extraños-; tenían que luchar codo con codo junto a monárquicos nacionalistas, a falangistas y soldados de leva forzosa y, por lo tanto, se movían en territorio que no les ofrecía plena seguridad. Los más avisados temían por el futuro; no estaban seguros de que la guerra terminase con la imposición de una monarquía como la que ellos llamaban "tradicional". Y, como poco, eso bastaba para que hubiera disensiones entre ellos mismos: unos pensaban que había que subordinarlo todo a la victoria –y luego se vería- y otros se daban cuenta de que, en la retaguardia de Franco, ya había comenzado a articularse un nuevo estado y que ese nuevo estado no respondía a sus criterios. Sin duda, a eso había que sumar los intereses



personales –ilegítimos o legítimos- de cada cual. Pero aquella diferencia inicial de criterio –la de relegar o no relegarlo todo a la guerra- habría bastado para dar lugar a las disensiones entre la Junta carlista presidida por Manuel Fal Conde y la que encabezaba el conde de Rodezno: en la primera, se imponía el criterio de Fal Conde de salvar a todo trance el futuro, en tanto en la segunda predominaba el de Rodezno de confiar el futuro a Franco (claro es que con participación en el poder de los tradicionalistas que quisieran tener parte del poder).

Que tampoco se puede hablar de una fisura nítida, lo deja claro el hecho de que –como se advierte en este libro-, estuviera junto a Rodezno una persona como Lizarza, de quien su hijo recordaría después, durante más de medio siglo, que, al acabar la guerra, se reincorporó a su puesto de trabajo sin extender la mano ni pedir ninguna compensación (que es lo que hicieron, la verdad sea dicha, los más de los requetés). Acabo de leer un estudio en la revista *Hispania* (núm. 231, 2009, 179-208) sobre el acercamiento del carlismo a Falange en 1955-1956 y lo único que pediría a la autora es que no considere que, en el carlismo, se daba la postura monolítica que negamos que hubiera, en realidad, en la España republicana como en la España *nacional*. El carlismo de 1955 no era un partido, ni sus gentes hubieran aceptado que se les diera ese nombre. Era lo más parecido a un *movimiento* (pero no precisamente al Nacional de aquella época).

De todos modos, eso no pasaría de formar parte de la pequeña historia de una pequeña minoría –la de los dirigentes tradicionalistas de 1936-1939- si no fuera porque pudo haber relación con la actitud que también dividió a los tradicionalistas ante la represión franquista. Y eso ya son palabras mayores.

No hablo de una relación rigurosa, exacta e incluso consciente entre la división de los dirigentes

tradicionalistas y la diversidad de actitudes de los tradicionalistas antes la represión franquista. Digo que, en este libro, hay razones para preguntarse si hubo relación entre lo uno y lo otro: entre el hecho de que hubiera requetés que disintían de la manera de organizar el nuevo Estado, y, como contraparte, requetés que ponían el futuro en manos de Franco sin demasiadas condiciones –o sin condición de género alguno- y el hecho de que unos requetés tomaran parte en la represión, incluso como agentes activos, y otros no, o incluso fueran sujetos pasivos de la propia represión franquista. Ni siquiera como lejana hipótesis, plantearía la posibilidad de que eso fuera así de forma nítida. A priori, resulta una simplificación clamorosa. Supondría, además, que había sendas correas de transmisión de actitudes entre la cúspide de cada una de las dos Juntas tradicionalistas de 1936 y los requetés que peleaban en el frente y que, después, siguieron funcionando las cosas de esa misma manera. Claro que había transmisión y comunicación. Pero en ambos sentidos y enormemente heterogénea. Por fuerza, las conversaciones de los soldados en el fondo de las trincheras, sujetos a ella durante días y días, podían influir bastante más que todas las consignas que emanasen de una Junta o de otra.

Y a eso aún se sumaba lo mismo que podía sumarse entre los anarquistas: el hecho de haber ido a la guerra porque a uno le dio la gana. No se olvide que los requetés fueron soldados voluntarios.

A lo que voy, por tanto, es a decir, de nuevo, que cada cuál fue a la guerra por lo que fuese y que las razones fueron, sin lugar a dudas, muchísimas y por completo diferentes entre unos y otros y, en suma, entre las de todos. Pero, con esta (enorme) salvedad, me atrevo a señalar que hay un lejano fondo común entre la actitud de aquel que pone por delante su ideal político y

no acepta que se lo cambien -y eso a pesar de que sabe que lleva las de perder- y aquel que pone por delante el respeto que merece toda persona, sea de derechas, sea de izquierdas y, además, enemiga mortal.

Salir en defensa de la vida de un enemigo mortal es la forma mejor de demostrar que uno no concibe que existan enemigos mortales. Y, de una actitud así, hay que reconocer que la defensa de un ideal político, por altruista que sea, no le llega ni a la suela de los zapatos. Por eso me parece importante lo que se descubre en este libro. Me refieren a los no pocos casos de los que puede deducirse con claridad no sólo que hubo requetés que salieron en defensa de personas del otro bando que quizá se definían a sí mismas como enemigos suyos y, además, enemigos mortales. Los requetés que hicieron eso -y no fueron pocos- sabían (o les traía sin cuidado el poder y ni siquiera se planteaban lo que voy a decir) que, con esas actitudes -al impedir que otros *nacionales* mataran a una u otra persona por el mero hecho de ser de izquierdas-, dilapidaban todas las posibilidades que pudieran quedarles para medrar en el ejército o en la política cuando llegara el día de la paz.

El libro, por tanto, pone de manifiesto lo que podría constituir una primera piedra en la averiguación de una historia que está por hacer: la historia de la bondad. Y que no se alborote nadie: no creo que haya nadie que niegue que la historia de la represión -la de los unos que se vieron forzados a acabarla en 1939 (sólo porque perdieron) y la de otros que pudieron proseguirla varios años más- forma parte de la más rancia historia de la maldad y, como parte que es de la historia, es necesario conocerla.

Pero esto último -que es necesario conocer la historia para asumirla tal como fue- no vale sólo para la maldad. Y es a eso a lo que me refiero cuando recuerdo que -este libro lo prueba-, en una guerra, también hay

mucha gente que sigue haciendo lo que puede para aliviar la vida a los demás, y eso se ve con particular claridad cuando el alivio de la vida del otro se dirige precisamente a salvar la vida de ese otro. No hay mejor prueba, y prueba no sólo de que la historia humana o la historia sin más –vista en esa perspectiva- es justamente una dinámica entre lo que se hace bien y lo que se hace mal, sino que constituye una prueba decisiva de la eficacia de uno y lo otro. Ya me dirán si no es eficaz una acción que hace posible que el otro siga vivo o que, por el contrario, lo maten.

En ese sentido y por esa razón dije al principio que este libro podría ser una primera piedra para que se incorpore a la memoria de todos nosotros –al menos, la de todos los hombres y todas las mujeres de buena voluntad- el recuerdo que vale más la pena, que es el de aquellos que hicieron que el espanto no fuera aún mayor.

Claro es que parto de la base de que lo sucedido en 1936-1939 –que unos españoles mataran a otros españoles o, simplemente, que hubiera gente que deseara exterminar a otra gente- es espantoso. Ahora bien, malo sería que los historiadores del espanto elaborasen la historia –real- del espanto para espantar aún más. Y lo harían si desecharan la necesidad de dejar constancia de lo que hicieron quienes intentaron aliviar el espanto o si, sencillamente, ignorasen esa realidad histórica, que también es histórica y es real.

Digo esto porque, lo quisieran o no, lo más leve que conseguirían con ello los historiadores del espanto es abocarnos a una nueva forma de alienación. Y, en este caso, lo alienante no serían los partidos políticos, sino los historiadores del espanto. Y créanme que, para eso, es mejor hacerse político. Y, si de lo que se trata –dicho con la mayor franqueza- es de conseguir subvenciones para cavar fosas, nos iría a todos mejor si, puestos a

cavar, destriparan terrones y diseñaran de esa forma un *desarrollo sostenible*. Bien está que se cavén fosas y se dé sepultura digna a los muertos, pero gratis, como Dios manda.

Por el otro camino, el de la subvención y la política, se llega al disparate. Por discutible, delicado e incluso inoportuno que sea –al menos, para los "hombre de partido"-, pondré un ejemplo: entre las prisiones de guerra que mantuvieron los gobernantes de ambos bandos, una fue el castillo de Figueras –en el bando que malobedecía al Gobierno de la República- y otra fue la del cerro de San Cristóbal, en el bando que obedecía a Franco. No sé de ningún soldado *nacional* que escapara del castillo de Figueras hasta el extremo de llamar la atención de los historiadores. Quienes tuvieron familiares presos allí deben felicitarlos, por tanto, si es que llegaron vivos a 1939; porque, con toda seguridad, si hubieran intentado escapar y los hubieran cogido, los habrían pasado por las armas. Y lo peor es que sus descendientes no podrían considerarlos héroes de guerra. Hoy se les consideraría fugitivos fascistas que fueron pillados a tiempo y debidamente ejecutados conforme a reglamento. A nadie se le considera héroe de guerra por escapar de una prisión. Se le considera un afortunado un desafortunado, según el resultado de la fuga.

Del fuerte de San Cristóbal, en cambio, sí escapó una pequeña multitud, una parte de la cual consiguió lo que pretendía –la libertad- sin que por eso se le ocurriera a nadie –que uno sepa- considerarlos héroes de guerra. Serían héroes de guerra, si acaso, aquellos de quienes se supiera que, después de escapar, empuñaron nuevamente las armas y volvieron a jugarse la vida para liberar –por ejemplo- a los presos que seguían en San Cristóbal o, simplemente, derrotar de una vez a Franco. Por la consideración que me merecen no sólo las

víctimas de los fusilamientos de San Cristóbal, sino sus parientes felizmente vivos, dejo que saque las consecuencias cada cual.

Dicho sea de paso, en este libro, se menciona precisamente a un cura, parece ser, tradicionalista que se esforzaba en aliviar la situación de aquella gente todo lo que podía. Sé muy bien que puedo afirmar que, cuando se abra el archivo del entonces obispo de Pamplona – Marcelino Olaechea-, se sabrá más aún: habrá que añadir más gente de iglesia –monjas- y se sabrá, de esa manera, quien acudía a Franco para pedirle expresamente que dejase en libertad a esos presos.

Es una lástima que los políticos navarros no hayan incluido a esas gentes –por muy *nacionales* que fueran- en el homenaje que no rindieron, creo, a los presos, sino sólo a los fusilados. Pero nadie debe preocuparse ni tener por ello mala conciencia. Primero, los nombres de las personas cuyas acciones se describen en los documentos a los que me refiero –por lo menos, los de las monjas- quedaron en ellos en el más generoso de los anónimos. No pensaban en homenajes.

Pero es que, además, buena parte de esos papeles expresa de manera sorprendente –con tremenda elocuencia- no digo el homenaje, sino el puro y simple agradecimiento de los encarcelados a esos presuntos enemigos que se esforzaban por hacerles más llevadera la vida en la prisión, además de pedir que se les librara de ella de una vez por todas.

Por fortuna, se puede hablar de comportamientos parejos de militantes de la izquierda. Lo dije en el año 2007 en el único congreso sobre la desmemoria histórica o (quiero decir lo de la Memoria Histórica) al que he acudido. En el salón de actos donde tenía lugar, había varias personas que habían sufrido la guerra en la España republicana y más de un descendiente de

víctimas *nacionales* de la represión llevada a cabo por las gentes de izquierdas. Y debo decir –con pena- que clamaron contra mi afirmació. Lograron que se me hiciera un nudo en la garganta cuando acabé la discusión insistiendo en que prefería la historia sin revanchas ni escamoteos que había oído de niño a mis padres y que intentaba inculcar a mis hijos y a quienes lean lo que escriba como historiador. Me quedó lo mejor: la esperanza que se expresó en la fila de jóvenes que habían permanecido en silencio ante la discusión que nadie esperaba en aquella sesión del congreso; fila, digo, que no tenía otra razón que la de estrecharnos las manos y decirme que así es también como ellos quieren mirar de frente a la historia.

Ojalá sean suficientes los jóvenes que –como hice yo a la hora de ennoviarme y casar (con la hija de un requeté)- no pongan por delante la pregunta de si la contraparte es nieta de nacionales o de rojos, de republicanos o de fascistas, o de algún otro de los binomios que hacen que la historiografía española sea, en una parte que siempre es excesiva, el más pobre maniqueísmo de derechas e izquierdas.

Una advertencia y una confesión que es una advertencia: no afirmo la presencia de tradicionalistas en la oposición al Régimen y a Franco por razones matrimoniales y de tener la fiesta en paz en la familia. La hija del requeté ha resultado madre de una caterva de ácratas ontológicos. Si afirmo esa presencia, es porque soy testigo de ella. Conocí el carlismo como estudiante en la Universidad de Navarra, allá por el año 1962 ó 1963. Puede que fuera el 64. No sé. Sí sé que acababa de convertirme al cristianismo (el romano) y andaba uno a la búsqueda de soluciones “católicas” para todo (un verdadero disparate sólo comprensible en un converso y de pocas luces y demasiada juventud). Fui, no sé cómo ni por qué, al Círculo Vázquez de Mella que tenía su

asiento –ilegal, por cierto- en la Calle Mayor de Pamplona. Y la gente que conocí era –sin excepción alguna- contraria al Régimen. Estaban, eso sí, divididos. Pero no divididos en contra o a favor del Régimen, sino sobre quién mandaba en aquel cotarro y decidía la manera de oponerse al Régimen.

Y no quedaba en conversaciones de intrigantes clandestinos en torno a un tinto, sino en los panfletos que se tiraban a ciclostil y volaban por la universidad y demás lugares. Guardo varios de ellos. Por dar sólo una nota que alegre estas páginas, recordaré que, en una de esas hojas volanderas, se dice –con visible exageración- que los falangistas no pintaron nada el 18 de julio de 1936 porque eran cuatro gatos.

Lo que no consta en ese panfleto es la reacción del gobernador. Lo era un personaje a quien llamaban por mal nombre *Pulserita*, si no recuerdo mal porque lucía una en la muñeca y, entonces, eso no era cosa de hombres (en opinión de los varones). Pues bien, llamemos *Pulserita* –sin el menor asomo de desprecio, de veras; a lo sumo, por chanza- a aquel gobernador civil a quien, no sé por qué ni cómo, llegó el panfleto en cuestión (sería que lo citaron en el correspondiente informe político; que algo habría que poner por escrito). Lo cierto es que montó en cólera; quiso saber quién era el autor de semejante agresión al Régimen; puso en pie a la policía política (supongo; porque lo averiguaron de hecho); quiso asegurar bien el golpe; llamó al hombre propicio... y el autor de aquel texto tuvo la fortuna de que acudiese a un falangista tan bueno que luego se hizo cura y que salió valedor del autor de marras, con quien coincidía en la universidad y alrededores; el falangista le explicaría luego a voces al autor del agravio, eso sí, hasta dónde había llegado la indignación de *Pulserita* y lo que *Pulserita* iba a hacer con su interlocutor (en realidad, puro oyente en aquel momento) si él no



hubiera terciado a tiempo; en fin, lo conminó inútilmente a que nunca jamás volviera a escribir cosas como aquélla. Fracasó, ya se ve. Quizás haya llegado el momento de mi vida en que puedo decir que el autor fui yo y que ahora no temo a *Pulserita*, sino a...

Dejémoslo. Baste a los buenos carlistas y afines que lean este estupendo libro saber que mi paso por el Círculo Vázquez de Mella fue demasiado valleinclanesco como para que me hagan un homenaje. Además, luego me hice socialdemócrata.

José ANDRÉS-GALLEGO

Consejo Superior de Investigaciones Científicas

(Centro de Ciencias Humanas y Sociales)